

GIORGIO BASSANI

LAS GAFAS DE ORO

LA NOVELA DE FERRARA

LIBRO SEGUNDO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JUAN ANTONIO MÉNDEZ

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Gli occhiali d'oro*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1958, 1970, 1974, 1980, Giorgio Bassani
All rights reserved

© de la traducción, 2015 by Juan Antonio Méndez Borra
© de la ilustración de la cubierta, 2013 by Luis Plana del Llano
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Questo libro è stato tradotto grazie ad un contributo
alla traduzione assegnato dal Ministero degli Affari Esteri
italiano - Este libro se ha publicado con una subvención
a la traducción concedida por el Ministerio
de Asuntos Exteriores italiano

ISBN: 978-84-16011-70-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 233-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Con el tiempo, en Ferrara cada vez son menos, aunque aún no pueda decirse que son pocos, los que recuerdan al doctor Fadigati (Athos Fadigati, por supuesto—dicen al recordar—, el otorrinolaringólogo que tenía consulta y casa en via Gorgadello, a dos pasos de piazza delle Erbe, que acabó tan mal, el pobre, y tuvo un final tan trágico, precisamente él, que de joven vino a establecerse en nuestra ciudad desde su Venecia natal, y parecía destinado a la carrera más regular, más tranquila y, precisamente por eso, más envidiable...).

Fue en 1919, inmediatamente después de la otra guerra. Por razones de edad, yo, el que escribe, apenas puedo dar una imagen más bien vaga y confusa de la época. Los cafés del centro hervían de oficiales de uniforme. A lo largo de corso Giovecca y de corso Roma (hoy rebautizado con el nombre de Mártires de la Libertad) no dejaban de pasar camiones ondeando banderas rojas; sobre los andamios que cubrían la fachada en obras del edificio de Assicurazioni Generali, frente al lado norte del Castillo, habían desplegado un enorme cartel publicitario escarlata que invitaba a amigos y adversarios del socialismo a beber en buena armonía el APERITIVO LENIN; casi todos los días se armaban peleas entre campesinos y obreros radicales por un lado y ex combatientes por otro... Ese clima febril, de agitación, de distracción general en el que se desarrolló la primera infancia de todos aquellos que luego, en los veinte años siguientes, se convertirían en hombres, de alguna manera tuvo que favorecer al veneciano Fadi-

gati. En una ciudad como la nuestra, en la que los jóvenes de buena familia, más que en cualquier otro sitio, al término de la guerra se mostraron renuentes a volver a las profesiones liberales, se entiende muy bien cómo pudo echar raíces sin casi hacerse notar. El caso es que en 1925, cuando las cosas empezaron a calmarse y el fascismo, organizándose en un gran partido nacional, fue capaz de ofrecer ventajosas colocaciones a todos los rezagados, Athos Fadigati ya estaba sólidamente instalado en Ferrara, era titular de una magnífica consulta privada y, además, director de la sección garganta-nariz-oído del nuevo hospital arzobispal Sant'Anna.

Como suele decirse, había caído en gracia. En absoluto jovencísimo y con todo el aspecto, ya por entonces, de no haberlo sido nunca, gustó que hubiera venido de Venecia (lo contó una vez él mismo) no tanto para hacer fortuna en una ciudad que no era la suya como para librarse de la angustiada atmósfera de un enorme casón sobre el Gran Canal en el que ya había visto apagarse en pocos años a sus padres y a una amadísima hermana. Gustaron también sus maneras corteses, discretas, su evidente desinterés, así como su razonable espíritu caritativo en relación con los enfermos más pobres. Pero antes incluso de que pesaran todas estas razones, ya había sido aceptado por cómo era: por esas gafas de oro que tan simpáticamente brillaban sobre el color tierra de sus imberbes mejillas, por una cierta gordura, para nada desagradable, de su cuerpo de cardiópata congénito, milagrosamente sobrevivido a la crisis de la pubertad, y siempre envuelto, incluso en verano, en suaves lanas inglesas (durante la guerra, por motivos de salud, sólo pudo trabajar en el servicio de censura postal). En fin, sin ninguna duda, a primera vista, siempre hubo algo en él que de inmediato atrajo y dio seguridad.

Más tarde, la consulta de via Gorgadello, donde recibía todas las tardes de cuatro a siete, completó su éxito.

Se trataba de un consultorio realmente moderno, como hasta entonces no lo había tenido ningún médico en Ferrara. Provisto de una impecable sala de consulta que, en cuanto a limpieza, eficacia y hasta en amplitud, era sólo comparable a las del hospital Sant'Anna, disponía, además, de al menos otras ocho habitaciones más del antiguo piso privado, que utilizaba como otras tantas salitas de espera. Nuestros conciudadanos, en especial los socialmente dignos de consideración, quedaron deslumbrados. De repente, incapaces de soportar el desorden, pintoresco si se quiere, pero excesivamente familiar y en el fondo equívoco, en el que los tres o cuatro ancianos especialistas locales seguían recibiendo a sus respectivas clientelas, se conmovieron como si se tratara de una particular atención. ¿Dónde habían quedado—no se cansaban de repetir—las interminables esperas amontonados como ovejas, escuchando a través de los frágiles tabiques de separación voces más o menos remotas de familias casi siempre alegres y numerosas, mientras que a la apagada luz de una bombilla de veinte bujías la mirada no tenía otro sitio donde descansar que no fuera en algún NO ESCUPIR de mayólica, alguna caricatura de profesor universitario o colega, y eso por no hablar de otras imágenes todavía más melancólicas o directamente gafes, de pacientes sometidos a grandes enemas delante de todo un colegio médico, o de laparotomías de las que se encargaba, con malicioso gesto, la mismísima Muerte disfrazada de cirujano? ¿Cómo habían podido soportar hasta entonces, cómo, un trato medieval como ése?

Ir a la consulta del doctor Fadigati pronto llegó a ser, más que una moda, un recurso. Especialmente en las tardes de invierno, cuando el viento helado entraba silbando desde piazza Cattedrale por via Gorgadello abajo, el rico

burgués, embutido en su capote de piel, por pura satisfacción, so pretexto del mínimo dolor de garganta, encontraba motivo para dirigirse a la puertecita entornada, subir el par de tramos de escalera y tocar el timbre de la puerta acristalada. Allí arriba, al otro lado de aquel mágico recuadro luminoso, de cuya apertura se encargaba una enfermera de bata blanca, siempre joven y siempre sonriente, allí arriba encontraba radiadores que funcionaban a todo vapor, no digo ya mejores que los de su propia casa, sino incluso que los del Círculo Mercantil o los de la Unión. Encontraba butacas y divanes en abundancia, mesitas siempre provistas de prensa perfectamente al día, *abat-jours* de los que se desprendía una luz blanca y generosa. Encontraba alfombras que, cuando uno se cansaba de estar allí, de dormir al calorcito o de hojear las revistas ilustradas, le invitaban a pasar de una sala a otra, mirando los cuadros y grabados antiguos y modernos que cubrían densamente las paredes. Encontraba, finalmente, a un médico afable y conversador que, mientras le hacía pasar personalmente «por aquí» para examinarle la garganta, parecía sobre todo curioso por saber, como auténtico señor que también era, si su cliente había tenido ocasión de escuchar unos días antes, en el Municipal de Bolonia, a Aureliano Pertile en *Lobengrin* o, por poner el caso, si se había fijado en el De Chirico colgado en determinada pared de determinada sala o en el Casoratio o si le había gustado el De Pisis; y daba luego muestras del mayor de los asombros si, a propósito de este último, el cliente confesaba no sólo no conocer a De Pisis, sino ni siquiera saber, hasta ese momento, que Filippo de Pisis fuera un joven pintor ferrarés con *gran* futuro. Un ambiente agradable, cómodo, señorial y en definitiva hasta estimulante para el cerebro, donde el tiempo, el condenado tiempo que siempre ha sido el problema de la provincia, pasaba que era un placer.

No hay nada que excite tanto el indiscreto interés de las pequeñas comunidades respetables que la honesta pretensión de mantener separado en la propia vida lo que es público de lo que es privado. ¿Qué pasaba con Athos Fadigati después de que la enfermera cerrara la puerta de cristal del ambulatorio tras la espalda del último cliente? El poco claro o, cuando menos, anormal empleo que el doctor hacía de sus noches no dejaba de estimular continuamente la curiosidad en relación con él. Y sí, por supuesto, en Fadigati había algo que no resultaba perfectamente comprensible. Pero, en él, hasta eso gustaba, hasta eso resultaba atractivo.

Todo el mundo sabía cómo pasaba las mañanas. Y sobre las mañanas nadie tenía nada que decir.

A las nueve ya estaba en el hospital y entre visitas y operaciones quirúrgicas (porque también operaba, no había día en que no le cayeran un par de amígdalas que extirpar o un mastoide que raspar) no paraba hasta la una. Después, entre la una y las dos, no era raro tropezarse con él subiendo de nuevo por corso Giovecca, con el paquete de atún en aceite o de embutido colgando del meñique y el *Corriere della Sera* saliéndole del bolsillo del abrigo. Luego comía en casa. Y como no tenía cocinera y la asistenta a media jornada que se ocupaba de limpiar la casa y la consulta no llegaba hasta cerca de las tres, una hora antes que la enfermera, tenía que ser él mismo, cosa en el fondo ya bastante extraña, quien se preparara el indispensable plato de pasta.

También para la cena podían esperarle en vano en los únicos restaurantes de la ciudad que, por entonces, po-

dían considerarse medianamente decorosos: el Vincenzo, la Sandrina y el Tre Galletti; tampoco en el Roveraro, en el callejón del Granchio, cuya cocina casera atraía a tantos solteros de edad madura. Pero esto no significaba que, como al mediodía, cenara en casa. Por la noche no solía quedarse nunca en casa. Quien, hacia las ocho, ocho y cuarto, pasara por via Gorgadello podía verle sin problema, precisamente, en el momento de salir. Dudaba un instante en el umbral, mirando hacia arriba, a la derecha, a la izquierda, como para asegurarse del tiempo y de la dirección que tomar. Finalmente echaba a andar, mezclándose con el río de gente que, lo mismo en verano que en invierno, a aquella hora paseaba despacio delante de los escaparates iluminados de via Bersaglieri del Po, como si fueran *mercerie* venecianas.

¿Adónde iba? A dar una vuelta, por aquí, por allá, aparentemente sin meta fija.

Evidentemente, después de una intensa jornada de trabajo, le gustaba confundirse entre la multitud: la multitud alegre, ruidosa, anónima. Alto, grueso, con sombrero de ala, guantes amarillos y, en invierno, el abrigo forrado de zarigüeya y el bastón colgado por el mango del bolsillo derecho, entre las ocho y las nueve se le podía ver en cualquier parte de la ciudad. De vez en cuando uno podía llevarse la sorpresa de verle parado, frente al escaparate de cualquier tienda de via Mazzini y de via Saraceno, mirando atento por encima del hombro de quien estaba delante. Con frecuencia se detenía junto a los puestos de quincalla y de dulces que llenaban por decenas el lado sur de la catedral o piazza Travaglio, o en via Garibaldi mirando fijamente, sin decir palabra, la humilde mercancía expuesta. En cualquier caso, las estrechas y atestadas aceras de via San Romano eran las que a Fadigati más le gustaba recorrer. Al cruzarse con él en aquellos soportales bajos, donde se había instalado un